

Presente electrónico

Algunos pretextos introductorios

Omegar Martínez

Este espacio estará dedicado a los libros electrónicos. No es un tema sencillo: es difícil hablar de ellos. Es difícil hablar a favor, es difícil hablar en contra. Es complicado hablar de ellos a futuro, es complicado hablar de ellos en pasado. Y, a pesar de todo, hay que hablar de los libros electrónicos, porque son una realidad: desde el primero de abril de este mismo año, Amazon vende ciento cinco libros electrónicos por cada cien libros que vende impresos. Sea la opinión que sea la que uno tenga de Amazon y de su plataforma Kindle, dicha tienda virtual es con toda probabilidad el sitio, físico o virtual, donde más libros se venden —al menos en territorio y lengua inglesa, que además es uno de los mercados más grandes de la palabra escrita.

Poco se puede discutir acerca de la llegada del libro electrónico: sea que los libros electrónicos estén aquí, o ya estén por llegar, o que todavía falte para que lleguen, lo cierto es que éstos son una realidad que viene prometiéndose desde que aparecieron los primeros CD-ROM en la década de 1990, fechas en que la gente comenzó a proclamar el fin de la enciclopedia en papel a favor de la enciclopedia multimedia en discos compactos. Los mismos discos se comercializaban con frases parecidas: ¡a un solo disco le cabe todo el texto de una enciclopedia, a una fracción del costo!

En efecto, algunas de las promesas que cumple el libro electrónico vienen manifestándose incluso desde antes de la aparición del códex, aproximadamente hace dos mil años, y mucho antes de la aparición de la imprenta. Éstas son, en esencia, tres promesas: la de la acumulación y acervo, la de la permanencia y la de la accesibilidad, y la de la ubicuidad de los libros. Las bibliotecas físicas no son sino el intento de las per-



sonas de cumplir esas promesas. Algunas de ellas: las de Alejandría, Oxford (Trinity), el Congreso de Estados Unidos, el Museo Británico, la Universidad de Salamanca, la del Vaticano son ejemplos de acervos únicos y amplísimos, envidiables y deseables que toda sociedad quisiera tener. El objetivo es conservar y tener accesible por siempre la mayor cantidad posible de los libros que, al parecer del bibliotecario, sean los más importantes. No es de extrañar, entonces, que la posibilidad de traer uno consigo más de tres mil libros sea muy atractiva para todo aquel interesado en tener su propio acervo.

El libro electrónico también cumple la promesa de los libros permanentes y accesibles aun cuando no estén en la biblioteca particular de cada persona: la promesa es la de que ningún libro volverá a quedarse sin ejemplares, descatalogado, jamás. A reserva de que esto sea malo o bueno —cosas que sólo el tiempo nos dirá— el hecho es que ha sido un deseo de muchos autores, lectores y editores durante siglos: la promesa de poder leer y poder ser leído por siempre. No es que se vaya a cumplir para cada libro —probablemente no se cumpla para muchos más libros de los que ahora ello ya se cumple en papel— pero la posibilidad de ser leído y redescubierto al paso de los siglos, sin depender del papel, de tiradas de impresión, de espacio para almacenar ejemplares, resulta muy llamativa para muchos.

En cuanto a la ubicuidad, lo atractivo radica no en cargar los libros consigo para donde quiera que se vaya, cosa que es factible pero muy poco práctica con libros en papel, sino la promesa de llevarlos no sólo digitales (como en los CD-ROM de antaño, que requerían al menos de una computadora para leerse), sino en un aparato autónomo que además tiene la misma resolución que un libro impreso y que, para todos efectos prácticos, se puede leer en cualquier lugar en que se puede hacer lo mismo con un ejemplar en papel. Así, uno lleva consigo su biblioteca personal como muchos ya llevan su acervo personal de música, de video, de fotografías, para donde quiera que van. Ubicuidad, accesibilidad, permanencia y acumulación instantáneas se cumplen así de la mano de una conexión a Internet y un aparato lector; promesas milenarias.

Esto que escribo, lo sé, peca de simplista. No quisiera que se tomara como una declaración a favor del libro electrónico o en contra del libro en papel. Hay muchas cosas que el libro en papel hace muy bien que el libro electrónico no hace o no hace nada bien. No se trata, en última instancia, de tomar partido por ninguno de los dos; no se trata de elegir un formato y rechazar por completo el otro, sino de poder decidir qué formato acomoda más a cada quien y a cada cual. Por esto es que hace falta hablar del libro electrónico, hace falta hablar más del libro en cualquier formato. Temas como la ecología, la tecnología de la tinta electrónica, los formatos, el papel de los editores, los precios, la accesibilidad económica, los candados digitales, las tendencias y géneros, el futuro de las bibliotecas e índices, el libro electrónico como libro de texto y el *remix* literario son sólo algunos de los temas que hace falta discutir. **U**